

Las soluciones para lograr este objetivo son muy variadas. Abarcan desde un replanteamiento de los cuadros del gobierno universitario —a veces son ellos los que dificultan la autonomía— hasta un minucioso análisis del decisivo papel de la co-gestión estudiantil en todo el ámbito de la institución universitaria, pasando, claro está, por muchos otros aspectos de vital importancia, como son, por ejemplo, la creación de un estatuto legal sencillo y eficiente, el establecimiento de medidas correctivas a nivel de profesorado y de alumnado, la revisión permanente de los objetivos de la formación humana, etc. A partir de ahí puede pensarse en una autoridad institucional sobre bases reales, porque actuando con previsión, método y continuidad, las medidas que se adopten —impopulares a veces por no favorecer la “libertad a ultranza” (hacer y deshacer)— conducirán siempre a los saludables efectos de una recta autonomía, que se pueden sintetizar en el hecho de que la sociedad de veraz confíe en la universidad y le ayude permanentemente a la realización de sus objetivos.



ALBUCAZAR DEL SAMA PONTIFICIO EN EL ESCUELO

El papa pontífice de la actualidad, el papa Pontífice...

El papa pontífice de la actualidad, el papa Pontífice...
 Que una persona sea pontífice, es un honor que se le confiere por su vida entera...
 El papa pontífice de la actualidad, el papa Pontífice...
 Que una persona sea pontífice, es un honor que se le confiere por su vida entera...
 El papa pontífice de la actualidad, el papa Pontífice...
 Que una persona sea pontífice, es un honor que se le confiere por su vida entera...

LA VOZ DE PABLO VI



ALOCUCION DEL SUMO PONTIFICE EN EL TEMPLETE

El texto completo de la alocución del Sumo Pontífice dice:

“!Hermanos, hijos, amigos todos carísimos en Cristo!

Queremos dirigiros unas sencillas palabras. Ellas suponen que todos nosotros aquí presentes y cuantos lejos escuchan nuestra voz, estamos firmemente persuadidos de la verdad del título que se ha dado al misterio eucarístico para definir este Congreso: vínculo de caridad. Se ha tratado así de penetrar en las intenciones del Señor, el cual en este Sacramento quiso unir su vida divina a la nuestra tan íntimamente, tan amorosamente, hasta convertirse en alimento nuestro y de este modo hacernos partícipes personalmente de su sacrificio redentor, representado y perpetuado en el sacramento eucarístico. Pero no quiso con ello acabar, en el ámbito de cada uno de los comensales de su mesa sacramental, la onda de su caridad, sino injertar y llevar a cada uno de nosotros en el designo de salvación, abierto a toda la humanidad y realizado en aquellos que se dejan absorber por la unidad efectiva de su cuerpo místico que es la Iglesia. La finalidad, la gracia, la virtud de la Eucaristía que brota del amor de Cristo hacia nosotros, tiende a difundir este amor desde nosotros a los demás. Quien se nutre de la Eucaristía, debe por esto mismo comprender su vocación a la caridad para con el prójimo, debe dilatar el espacio de la caridad desde sí mismo a los otros, debe poner en conexión el vínculo sacramental de caridad, que lo incorpora vitalmente a Cristo, con el vínculo social de caridad, mediante el cual debe unir la propia vida a la vida de los demás hombres, transformados virtualmente en hermanos suyos.

Esta es la premisa, éste es el punto de acuerdo del que todos debemos estar convencidos.

La caridad

Por ello, al celebrar en medio de vosotros, con vosotros y para vosotros, esta santa Misa, no tenemos otra cosa sino deciros esta: en nombre de Cristo y como empujados por su caridad interior, haceos todos y cada uno promotores de su caridad. Dejaos colmar de su amor en el secreto de vuestra intimidad personal, y después, procurar que este amor rebose, se extienda idealmente en el círculo universal de la humanidad y prácticamente en la esfera de vuestras relaciones familiares

y sociales. Que la chispa de amor, encendida en cada uno de los corazones, se convierta en fuego, que arda en el ámbito comunitario de nuestra vida. Haced del amor de Cristo el principio de renovación moral y de regeneración social de esta América Latina, a donde hemos venido también para suscitar la llama de esa caridad que se une al manantial supremo de nuestra salvación y transforma la convivencia humana, tan necesitada de superar sus divisiones y sus contrastes, en una familia de hermanos. El amor es el principio, la fuerza, el método, el secreto para lograrlo. El amor es la causa por la cual vale la pena actuar y luchar. El amor debe ser vínculo para transformar a la gente sencilla, amorfa, desordenada, sufrida y a veces maliciosa, en un pueblo nuevo, vivo y activo; en un pueblo unido, fuerte, consciente, próspero y feliz. Al decir amor, entendemos el amor a Cristo, su misteriosa caridad, divina y humana; el amor de Dios que trasciende el amor a los hombres y que, siendo distinto de éste, es su luz y su manantial.

No prolongaremos nuestro discurso, sino para dirigir a las categorías más numerosas y más representativas de esta asamblea, una palabra relacionada con esta objeción que puede surgir en la mente de todos: ¿basta la caridad? ¿Es suficiente el amor para levantar el mundo y para vencer las innumerables dificultades de diversa índole que se oponen al desarrollo transformador y regenerador de la sociedad, como la historia, la etnografía, la economía, la política, la organización de la vida pública, nos la presentan hoy? Estamos seguros de que, frente al mito moderno de la efectividad temporal, la caridad no es pura ilusión ni una alienación? Tenemos que responder sí y no. Si la caridad es necesaria y suficiente como principio propulsor del gran fenómeno innovador de este mundo imperfecto en que vivimos. No, la caridad no basta si se queda en pura teoría verbal y sentimental y si no van acompañadas de otras virtudes, la primera, la justicia que es la medida mínima de la caridad, y de otros coeficientes, que hagan práctica, operante y completa la acción inspirada y sostenida por la misma caridad, en el campo específicamente variado de las realidades humanas y temporales.

Crisis profunda

Bien sabemos que tales realidades en América Latina, en el momento en que el Papa viene por primera vez a visitar este Continente, se encuentran en una situación de crisis profunda, verdaderamente histórica, la cual encierra tantos, excesivos, aspectos de preocupación angustiosa.

¿Puede el Papa ignorar este fermento? ¿No habría fallado una de las finalidades de este viaje si él volviese a Roma sin haber afrontado el punto central del problema que origina tanta inquietud?

Muchos, especialmente entre los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales que, según ellos, no consentirían la consecución de unas efectivas condiciones de justicia

para los individuos y las comunidades; y algunos concluyen que el problema esencial de América Latina no puede ser resuelto sino con la violencia.

Con la misma lealtad con la cual reconocemos que tales teorías y prácticas encuentran frecuentemente su última motivación en nobles impulsos de justicia y de solidaridad, debemos decir y reafirmar que la violencia no es evangélica ni cristiana; y que los cambios bruscos y violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva participación de todos que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada.

Doble esfuerzo

Por tanto, a nuestro modo de ver, la llave para resolver el problema fundamental de América Latina, la ofrece un doble esfuerzo, simultáneo, armónico y recíprocamente benéfico: proceder, sí, a una reforma de las estructuras sociales, pero que sea gradual y por todos asimilable y se realice contemporánea y unánimemente, y diríamos como una exigencia de la labor vasta y paciente encaminada a favorecer la elevación de la "manera de ser hombres" de la gran mayoría de quienes hoy viven en América Latina. Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad dentro de la comunidad de la que es miembro, a ser consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser libremente un elemento válido de progreso económico, cívico y moral en la sociedad a la que pertenece; esta es la grande y primordial empresa, sin cuyo cumplimiento, cualquier cambio repentino de estructuras sociales sería un artificio vano, efímero y peligroso.

Esa empresa, bien lo sabéis, se traduce concretamente en toda actividad apta para favorecer la promoción integral del hombre y su inserción activa en la comunidad: alfabetización, educación de base, educación permanente, formación profesional, formación de la conciencia cívica y política, organización metódica de servicios materiales que son esenciales para el desarrollo normal de la vida individual y colectiva en la época moderna.

¿Podemos esperar que el grave problema será examinado y justamente comprendido a la luz también del misterio de la caridad que estamos celebrando? ¿Sabréis sacar de este misterio, vosotros, queridos Hijos de América Latina, la fuerza necesaria y eficaz para dar a cada uno su debida y urgente aportación afín de resolverlo? Sí. El Papa lo espera. El Papa tiene confianza en vosotros.

Por nuestra parte, queremos recalcar aquí, ante vosotros, representantes calificados de todas las categorías sociales de América Latina, nuestra alcance, en el esfuerzo en orden a la realización de los intentos mencionados, intentos y propósitos que ya proclamamos al mundo en la Encíclica "Populorum Progressio".

Diremos una palabra especial a vosotros, estudiantes, a vosotros estudiosos y hombres de la cultura: es necesario que vuestra caridad se empeñe sobre todo con el pensamiento y tenga la sed, la humildad y la valentía de la verdad. Es incumbencia vuestra especialmente liberar a vosotros mismos y a nuestro mundo intelectual de la supina adhesión a los lugares comunes, a la cultura de masa, a las ideologías que la moda o la propaganda convierten en fáciles e irresistibles; y sois vosotros los que habéis de encontrar en la verdad, la única que tiene derecho a comprender nuestra mente, la libertad de obrar como hombres y como cristianos. Y toca a vosotros, entre todos, ser apóstoles de la verdad.

El camino a seguir

Queremos también deciros a vosotros, trabajadores, cuál nos parece el camino para desplegar vuestra caridad, alimentada por la fe y por la comunión en Cristo; el camino que conduce al encuentro con vuestros compañeros de fatiga y de esperanza; este camino es la unión, es decir, la asociación no como simple estructura organizativa o como instrumento de sumisión colectiva, en manos del despotismo de algunos jefes inapelables, sino como escuela de conciencia social, como profesión de solidaridad, de hermandad, de defensa de las intereses comunes y de empeño ante los comunes deberes. Vuestra caridad debe por tanto tener para sí misma la fuerza: la fuerza del número, del dinamismo social; no la fuerza subversiva de la revolución y de la violencia sino la constructiva de un orden nuevo más humano, en el cual se satisfagan vuestras legítimas aspiraciones y como factor económico y social converja en la justicia del bien común. Ya sabéis como en vuestro esfuerzo por este orden nuevo y mejor la Iglesia es, singularmente para vosotros, hombres del trabajo "Madre y Maestra".

Y a vosotros, hombres de las clases dirigentes, ¿qué os podemos decir? ¿En qué dirección debe dilatarse esa caridad que también vosotros queréis sacar de la fuente encarástica? No rehuséis nuestra palabra, aunque os pareciere paradójica y hostil. Es la palabra del Señor. A vosotros se os pide la generosidad. Es decir, la capacidad de sustraeros al inmovilismo de vuestra posición, que puede ser o aparecer privilegiada, para ponerlos al servicio de quienes tienen necesidad de vuestra riqueza, de vuestra cultura, de vuestra autoridad. Podríamos recordaros el espíritu de la pobreza evangélica, la cual, rompiendo las ataduras de la posesión egoísta de los bienes temporales estimula al

cristiano a disponer orgánicamente de la economía y el poder en beneficio de la comunidad. Tened vosotros, señores del mundo e hijos de la Iglesia, el espíritu instintivo del bien que tanto necesita la sociedad. Que vuestro oído y vuestro corazón sean sensibles a la voces de quienes piden pan, interés, justicia, participación más activa en dirigir la sociedad y en la prosecución del bien común. Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea; haced que los menos pudientes, los subordinados sean beneficiosos. La promoción de la justicia y la tutela de la dignidad humana sean vuestra caridad, que percibisteis que ciertas grandes crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación.

Los hogares cristianos

Y ¿cuál será vuestra caridad, familias cristianas, que hoy rodeáis nuestro altar, como representando a las innumerables familias que componen las poblaciones de América Latina? Repliega sobre vosotros mismas vuestra caridad, que percibisteis de Cristo. Debéis ser los hogares de aquel primitivo amor humano, que el Señor elevó, mediante el Sacramento del matrimonio, al grado de caridad, de gracia sobrenatural. Padres, madres e hijos de familia, convertid vuestra casa en una pequeña sociedad ideal, donde el amor reine soberano y sea escuela doméstica de todas las virtudes humanas y cristianas.

Y para terminar recordaremos a todos que Cristo se ha dado a Sí mismo en la Eucaristía como memorial de su sacrificio. Por esto nosotros no podremos hacer derivar de este sacramento el amor, del cual es signo y realidad, para ofrecerlo nosotros mismos como don a los hermanos sin sacrificio. El amó y se sacrificó: dilexit et tradidit semetipsum. Nosotros deberemos imitarlo. He aquí la Cruz. Tendremos que amar, hasta el sacrificio de nuestras personas, si queremos edificar una sociedad nueva, que merezca ponerse como ejemplo, verdaderamente humana y cristiana.



ALOCUCION DE PABLO VI EN EL TEMPLETE

Las siguientes fueron las palabras de Su Santidad Paulo VI, al ordenar a 161 sacerdotes y 61 diáconos, en el templete:

“Señor Jesús! Te damos gracias por el misterio que acabas de realizar Tú, mediante el ministerio de nuestras manos y de nuestras palabras, por obra del Espíritu Santo.

Tú te has dignado imprimir en el ser personal de estos elegidos tuyos una huella nueva, interior e imborrable; una huella que les asemeja a Ti, por lo cual cada uno de ellos es y será llamado: otro Cristo. Tú has grabado en ellos tu semblante humano y divino, confiriéndoles no sólo una inefable semejanza contingente, sino también una potestad y una virtud tuyas, una capacidad de realizar acciones, que sólo la eficacia de su Palabra atestigua y la de tu voluntad realiza.

Tuyos son, Señor, estos tus hijos, convertidos en hermanos y ministros tuyos, por un nuevo título. Mediante su servicio sacerdotal, tu presencia y sacrificio sacramental, tu evangelio, tu Espíritu, en una palabra, la obra de tu salvación, se comunicará a los hombres, dispuestos a recibirla; se difundirá en el tiempo de la generación presente y de la futura una incalculable irradiación de su caridad e inundará de tu mensaje regenerador esta dichosa nación y este inmenso continente, que se llama América Latina, y que acoge hoy los pasos de nuestro humilde, pero incontenible, ministerio apostólico.

Tuyos son, Señor, estos nuevos servidores de tu designio de amor sobrenatural; y también nuestros, porque han sido asociados a Nos, en la gran obra de evangelización, como los más cualificados colaboradores de nuestro ministerio, como hijos predilectos nuestros; más aún, como hermanos en nuestra dignidad y en nuestra función, como obreros esforzados y solidarios en la edificación de tu Iglesia, como servidores y guías, como consoladores y amigos del pueblo de Dios, como dispensadores, semejantes a Nos, de tus misterios.

Te damos gracias, Señor por este acontecimiento, que tiene origen en tu infinito amor y que, más que hacernos dignos, nos obliga a celebrar tu misericordia misteriosa y nos incita solícitamente, casi con impaciencia, para salir al encuentro de las almas a las cuales está destinada toda nuestra vida, sin posibilidad de rescate, sin límites de donación, sin segundas intenciones de intereses terrenos.

“Haz que comprendamos

Señor, en este momento decisivo y solemne, nos atrevemos a expresar una súplica candorosa, pero no falta de sentido: haz, Señor, que comprendamos.

Nosotros comprendemos, cuando recordamos que Tú, Señor Jesús, eres el mediador entre Dios y los hombres; no eres diafragma, sino cauce; no eres obstáculo, sino camino; no eres un sabio entre tantos, sino el único Maestro; no eres un profeta cualquiera, sino el intérprete único y necesario del misterio religioso, el solo que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Nadie puede conocer al Padre, has dicho Tú, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo, que eres Tú, Cristo, Hijo del Dios vivo, quisiere revelarlo (1). Tú eres el revelador auténtico, Tú eres el puente entre el reino de la tierra y el reino del cielo: sin Ti, nada podemos hacer (2). Tú eres necesario, Tú eres suficiente para nuestra salvación. Haz, Señor, que comprendamos estas verdades fundamentales.

Y haz que comprendamos cómo nosotros, sí, nosotros, pobre arcilla humana tomada en tus manos milagrosas, nos hemos transformado en ministros de ésta tu única mediación eficaz (3). Corresponderá a nosotros, en cuanto representantes tuyos y administradores de tus divinos misterios (4) difundir los tesoros de tu palabra, de tu gracia, de tus ejemplos entre los hombres, a los cuales desde hoy está dedicada totalmente y para siempre toda nuestra vida (5).

Esta misma mediación ministerial nos sitúa, hombres frágiles y humildes como seguimos siendo, en una posición, sí, de dignidad y de honor (6), de potestad (7), de ejemplaridad (8), que califica moral y socialmente nuestra vida y tiende a asimilar el sentimiento de nuestra conciencia personal el mismo que embargó tu divino corazón, oh Cristo (9), habiéndonos convertido nosotros también, casi conviviendo contigo, en Tí (10), en sacerdotes y víctimas al mismo tiempo (11), dispuestos a cumplir con todo nuestro ser, como Tu, Señor, la voluntad del Padre (12), obedientes hasta la muerte, como lo fuiste Tú hasta la muerte de cruz (13) para salvación del mundo (14).

(1) Cfr. Mt. 11, 27; Jo. 1, 18.

(2) Cfr. Jo. 15,5.

(3) Cfr. S. Th. III, 26, 1, ad 1.

(4) Cfr. I Cor. 4, 1; I Pet. 4, 10.

(5) Cfr. 2 Cor. 4, 5.

(6) Cfr. 2 Cor. 3, 7.

(7) Cfr. I Cor. 11, 24-25; Jo. 20-23; Act. E, 22; 1 Pet. 5, 2, etc.

(8) Cfr. I Cor. 4, 16; 11, 1; Fil. 3, 17; 1 Pet. 5, 3.

(9) Cfr. Fil. 2, 5; Ef. 5, 1.

(10) Cfr. Gal., 2, 1.

(11) Cfr. Gal. 2, 19.

(12) Cfr. Ps. 102, 21; Heb. 13, 21.

(13) Fil. 2, 8.

(14) Cfr. I Cor. 11, 26.

Dios y el Hombre

Pero ahora, Señor, lo que quisiéramos entender mejor, es el efecto psicológico que el carácter representativo de nuestra misión debe producir en nosotros y la doble polarización de nuestra mentalidad, de nuestra espiritualidad y también de nuestra actividad hacia los dos términos que encuentran en nosotros el término del punto de contacto y de simultaneidad: Dios y el hombre, en una analogía viviente y magnífica contigo, Dios y hombre.

Dios tiene en nosotros su instrumento vivo, su ministro y por tanto su intérprete, el eco de su voz; su tabernáculo, el signo histórico y social de su presencia en la humanidad, el hogar ardiente de irradiación de su amor hacia los hombres. Este hecho prodigioso (haz, Señor, que nunca lo olvidemos) lleva consigo un deber, el primero y el más dulce de nuestra vida sacerdotal: el de la intimidad con Cristo, en el Espíritu Santo y por lo mismo contigo, oh Padre! (15); es decir, el de una vida interior auténtica y personal no sólo celosamente cuidada en el pleno estado de gracia, sino también voluntariamente manifestada en un continuo acto reflejo de conciencia, de coloquio, de suspensión amorosa, contemplativa (16). La reiterada palabra de Jesús en la última cena: "manete in dilectione mea" (17) se dirige a nosotros, amadísimos hijos y hermanos. En este anhelo de unión con Cristo y con la revelación abierta por El en el mundo divino y humano, está la primera actitud característica del ministro, hecho representante de Cristo e invitado, mediante el carisma del Orden sagrado, a personificarlo existencialmente en sí mismo. Esto es algo importantísimo para nosotros, es indispensable. Y no creáis que esta absorción de nuestra consciente espiritualidad en el coloquio íntimo con Cristo detenga o frene el dinamismo de nuestro ministerio, es decir, retrase la expansión de nuestro apostolado externo, o quizá sirva también para evadir la molesta y pesada fatiga de nuestra entrega al servicio de los demás, la misión que se nos ha confiado; no, ella es el estímulo de la acción ministerial, la fuente de energía apostólica y hace eficiente la misteriosa relación entre el amor a Cristo y la entrega pastoral (18). Más aún, es así como nuestra espiritualidad sacerdotal de representantes de Dios ante el pueblo, se orienta hacia su otro polo, de representantes del pueblo ante Dios. Y esto, fijaos bien, no solo para prodigar a los hombres amados por amor a Cristo, toda la actividad, todo nuestro corazón, sino también y en una fase anterior psicológica, para asumir nosotros su representación: en nosotros mismos, en nuestro afecto, en nuestra responsabilidad, recogemos al pueblo de Dios. Somos no solo ministros de Dios, sino también ministros de la Iglesia (19); más aún, debemos tener siempre presente

(15) Cfr. Jo. 16, 27.

(16) Cfr. S. Gregorio, Regula Pastoralis I: "contemplatione suspensus.

(17) Jo. 15, 9; 15, 4, etc.

(18) Cfr. Jo. 21, 15 ss.

(19) Cfr. Enc. Mediator Dei, A. A. S., 1947, p. 539.

que el sacerdote cuando celebra la santa misa, hace "populi vices (20); y así, por lo que se refiere a la validez sacramental del sacrificio, el sacerdote actúa "in persona Christi"; mientras que en cuanto a la aplicación actúa como ministro de la Iglesia (21).

"Somos el amor

Pidamos, pues, al Señor que nos infunda el sentido del pueblo que representamos y que llevamos en nuestra misión sacerdotal y en nuestro corazón consagrados a su salvación; del pueblo que reunimos en comunidad eclesial, que convocamos en torno al altar, de cuyas necesidades, plegarias, sufrimientos, esperanzas, debilidades y virtudes somos intérpretes. Nosotros constituímos, en el ejercicio de nuestro ministerio cultural, el pueblo de Dios.

Nosotros hacemos coincidir en nuestro carácter representativo y ministerial las diversas categorías que componen la comunidad cristiana: los niños, los jóvenes, la familia, los trabajadores, los pobres, los enfermos y también los lejanos y los adversarios. Somos su voz, que adora y ruega, que goza y llora. Nosotros somos una expiación (22). Somos los mensajeros de su esperanza.

Obras constructivas

Haz, Señor, que comprendamos. Tenemos que aprender a amar así a los hombres. Y también a servirlos así. No nos costará estar a su servicio, al contrario, esto será nuestro honor y nuestra aspiración. No nos sentiremos nunca apartados socialmente de ellos, por el hecho de que seamos y debamos ser distintos en virtud de nuestro oficio. No rehusaremos jamás ser para ellos hermanos, amigos, consoladores, educadores y servidores. Seremos ricos con su pobreza y pobres en medio de sus riquezas. Seremos capaces de comprender sus angustias y transformarlas no en cólera y en violencia, sino en la energía fuerte y pacífica de obras constructivas. Sabremos estimar que nuestro servicio sea silencioso (23), desinteresado (24) y sincero en la constancia, en el amor y en el sacrificio; confiados en que tu poder, Señor lo hará un día eficaz (25). Tendremos siempre delante y dentro del espíritu, a la Iglesia, una, santa, católica, en peregrinación hacia la meta eterna; y llevaremos grabada en la memoria y en el corazón nuestro lema apostólico: *Pro Christo ergo legatione fungimur*" (26)

(20) Pío XII, Alloc. Magnificate Dominum, A. A. S., 1954, p. 668.

(21) Cfr. Ch. Journet *L'Eglise du Verbe Incarné*, I, p. 110, n. 1, 1ª ed.; Cfr. S. Th. III, 22, 1; Cfr. 2 Cor. 5, 11.

(22) Cfr. 2, Cor. 5, 21.

(23) Cfr. Mt. 6, 3.

(24) Cfr. Mt. 10, 8.

(25) Cfr. Jo., 4, 37.

(26) 2 Cor. 5, 200.

Mira, Señor, estos nuevos sacerdotes, estos nuevos diáconos harán propia la divisa, la consigna de ser embajadores tuyos, tus heraldos, tus ministros en esta tierra bendita de Colombia, en este cristiano continente de América Latina.

Tú, Señor, los llamaste, Tú los has revestido ahora de la gracia, de los carismas, de los poderes de la ordenación sacerdotal en unos y diáconos en otros. Haz que todos sean siempre ministros fieles tuyos.

Nos te suplicamos, Señor, que, mediante su ministerio y su ejemplo, se conserve la fe católica en estos países; se encienda con nueva luz y resplandezca en la caridad operante y generosa; te pedimos que su testimonio haga eco al de sus obispos y robustezca el de sus hermanos, a fin de que todos sepan alimentar la verdadera vida cristiana en el pueblo de Dios; que tengan la lucidez y la valentía del Espíritu para promover la justicia social, para amar y defender a los pobres, para servir con la fuerza del amor evangélico y con la sabiduría de la Iglesia, madre y maestra, a las necesidades de la sociedad moderna; y, finalmente, te suplicamos que, recordando este Congreso, ellos busquen y gusten en el misterio eucarístico la plenitud de su vida espiritual y la fecundidad de su ministerio pastoral. Te lo pedimos! Escúchanos, Señor!”

CRONICA ROSARISTA

